

JORDI SIERRA | FABRA

# Las habichuelas mágicas

Francesc Rovira



CUENTOS TRADICIONALES PARA EL SIGLO XXI



# Las habichuelas mágicas

**edebé**

© Jordi Sierra i Fabra, del texto, 2012  
© Francesc Rovira, de las ilustraciones, 2012

© Ed. Cast.: Grupo EDEBÉ, 2012  
Paseo de San Juan Bosco, 62  
08017 Barcelona  
www.edebe.com

Directora de la colección: Reina Duarte  
Diseño gráfico: Joaquín Monclús

Primera edición, octubre 2012

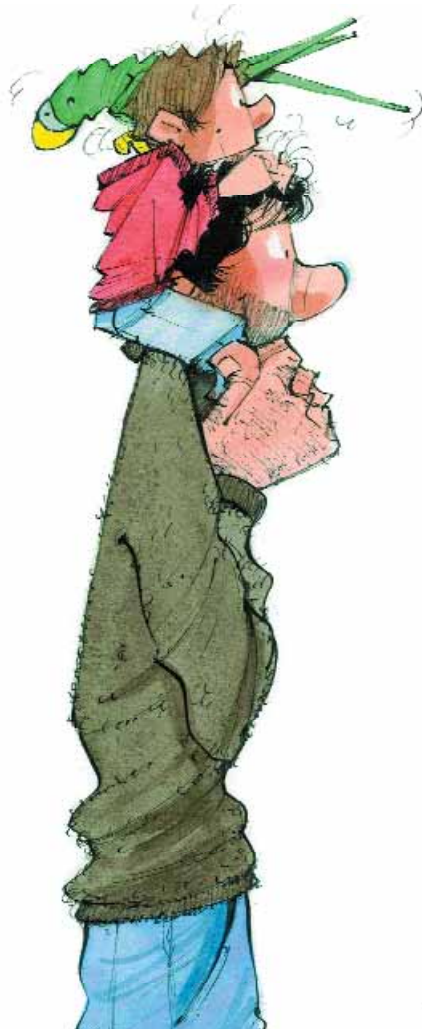
ISBN 978-84-683-0604-9  
Depósito Legal: B. 22098-2012  
Impreso en España  
Printed in Spain  
EGS – Rosario, 2 – Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

# Las habichuelas

Jordi Sierra i Fabra      **mágicas**

*con ilustraciones de Francesc Rovira*

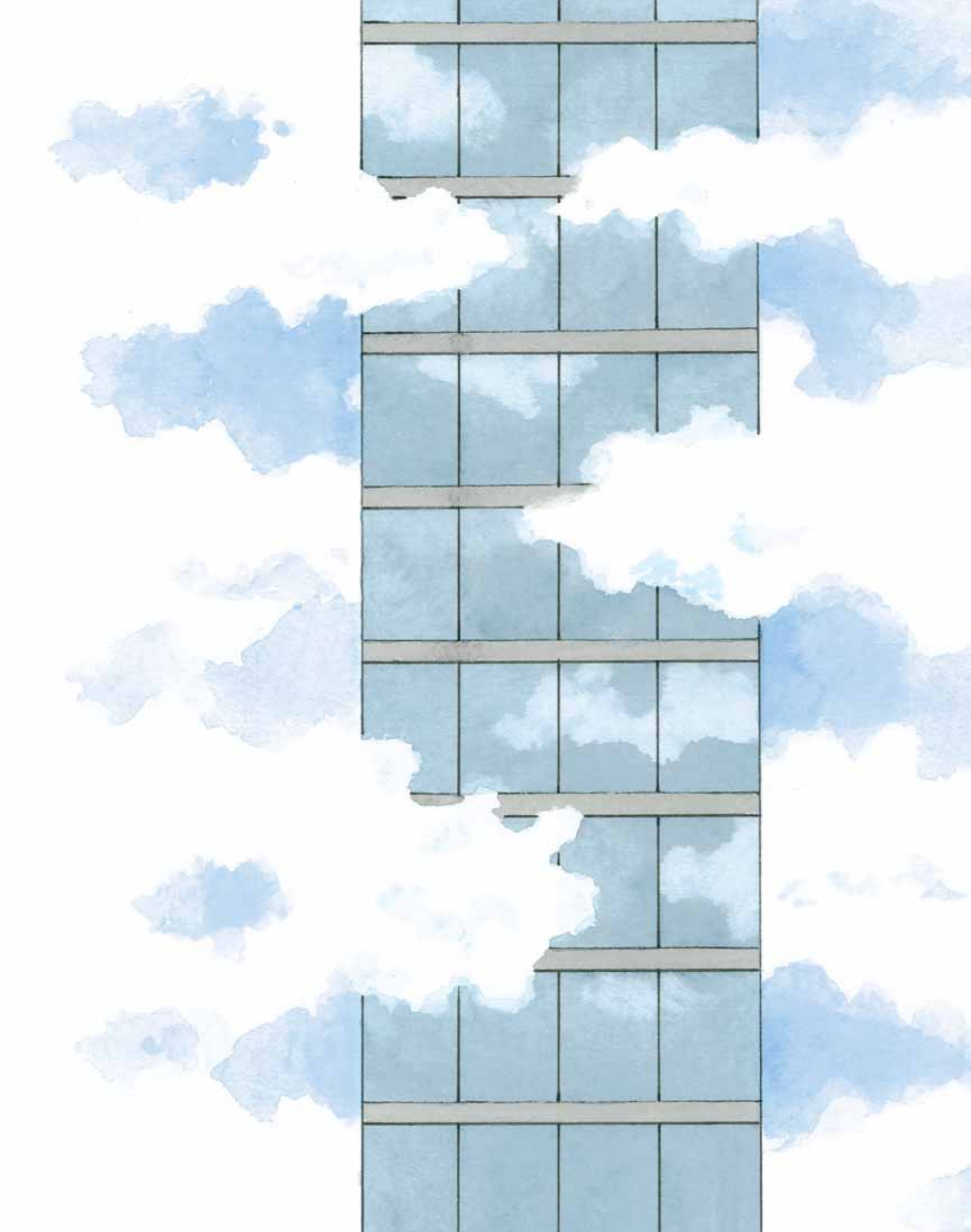


Se decía que aquel era el rascacielos más alto del mundo. Nadie recordaba cuándo lo habían construido.

Al comienzo no fue más que una casita pequeña, de pocas plantas. Tenía una portería y todo. Luego, con los años, se añadieron más y más pisos, hasta que la cúspide de cemento y cristal se perdió al otro lado de las nubes. En el rascacielos vivían cientos de personas. O miles. Personas que no se conocían entre sí, porque iban de sus casas a los aparcamientos y de los aparcamientos a sus casas en los ascensores que recorrían su interior lo mismo que venas y arterias. Un mundo poblado por otros mundos más diminutos y aislados. Además, se decía que, cuanto más cerca de la cumbre, los vecinos eran más y más ricos, famosos y celosos de su intimidad.

De la vieja portería se habían olvidado hacía ya mucho. Simplemente estaba allí. Era pequeña y humilde. En aquellos días en ella vivían, o mejor decir malvivían, una madre y su hijo, descendientes de los primeros moradores que la estrenaron. Su trabajo había desaparecido. La mujer ya no limpiaba la escalera, ni guardaba y repartía el correo, ni se ocupaba del bienestar de la vecindad. Ahora todo estaba programado, regulado, desarrollado tecnológicamente. Para la









pobre portera, lo mejor era callar. No fueran a echarles de su casa... El chico, Juan, era listo. Quizás demasiado. Tenía diez años.

Un día, sin comida en los anaqueles y sin dinero en el monedero, ella le dijo a Juan:

—Vamos a tener que vender a Lucas.

Juan se quedó horrorizado. Lucas era el loro que siempre les hacía compañía. Un buen loro. Hablaba por los codos.

Por más que intentó persuadir a su madre, le fue imposible convencerla, más cuando aquella noche su propio estómago crujió tanto que por la mañana apenas si se tenía en pie de hambre. Resignado, cogió la jaula de Lucas y se encaminó al mercado. Lo último que le dijo ella fue:

—¡Saca el mejor precio, que ese bicho lo vale!

A menos de cien metros de su casa, con la sombra del inmenso rascacielos proyectándose sobre él, apareció un anciano buhonero que de vez en cuando solían ver pasar frente a la portería. Lucas no paraba de hablar y hablar, feliz, creyendo que iba de paseo. El buhonero se quedó fascinado por el animal. Sus ojos brillaron y Juan comprendió al momento que era su oportunidad.

—¿Te interesa comprar este loro?





